

Simón, hijo de Juan

- "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?
 - Sí, Señor, Tú sabes que te quiero.
Y por segunda vez
 - Simón, hijo de Juan, ¿me amas?
 - Sí, Señor, Tú sabes que te quiero."

Amar; y no querer como hace Pedro. Amar lo que hay que amar, lo que tengo que amar. Lo que habría que amar, y solo quiero. Amar la sazón sinrazón de un amor loco y severo.

No se atreve Simón, no tiene agallas. Querer no es lo que le exigen; a comprometerse hasta el extremo le compelen. Y mide sus palabras, no acepta el reto. Tal vez es la vergüenza de lo que hizo y todavía arrastra. Sabe que el Cristo sabe... Como lo sabes tú, y lo sé yo: flaquezas, poquedades, intentos tímidos de un querer sin quererlo. Mediocridades, adocenamiento. Dar y no dar porque me guardo el trozo que no voy a soltar. Dar con medida, con cálculo, a retazos, dar con desganas.

Simón hermano. Simón. te entiendo. Allí, en la orilla, aún fresca la mañana de brisas sueltas, el pescado en las brasas; el pan crujiente de aromas que aprietan las entrañas, horneado por las llagadas manos que te recuerdan la noche de no hace mucho, de lágrimas amargas; y con ellas golpean las mil impertinencias que lanzaste al Maestro, al amigo, que ahora te perdona, anima y atenaza.

¡Si no hubiese sido por María!, la mujer que te mandó a decir con Juan que te esperaba, que estaba tu sopa presta, la que con tanta voracidad tú degustabas... ¡Si no hubiese sido por María acaso nunca hubieses vuelto! ¿No es por ella, isólo por ella!, *que se va y se vuelve?* ¡Con qué cariño te miró cuando entrabas con la cabeza gacha; con cuanta ternura te haló de las barbas hasta que tu cabeza,alzada, cruzara con la de ella tu mirada! Sus ojos tan inmensos, cargados de cielo y de esperanzas, te sonrieron. Y ya no había sucedido nada. Nada. Eras el mismo, glotón y refranero, atrevido, guasón, guerrero. Eras del grupo, y te abrazaban y te gastaban bromas... Y volviste a pasar de ser el último, al primero...

Cum ergo prandissent, dicit Simoni Petro Jesus: Simon Joannis, diligis me plus his? Dicit ei: Etiam Domine, tu scis quia amo te. Dicit ei: Pasce agnos meos. Dicit ei iterum: Simon Joannis, diligis me? Ait illi: Etiam Domine, tu scis quia amo te. Dicit ei: Pasce agnos meos. Dicit ei tertio: Simon Joannis, amas me? Contristatus est Petrus, quia dixit ei tertio: Amas me? et dixit ei: Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te. Dixit ei: Pasce oves meas.

Simón, ¿me amas? Estuviste tentado a decirle que sí ique lo adorabas!, iqué darías por Él la vida, si precisara! Y te aguantaste a tiempo... Ya no más tonterías, no más el repetirle, una y mil veces, que no dejara que lo crucificaran; no más jugarle el papel a satanás. No más bravuconerías ni bufonadas. Señor... Tú sabes que... --y lo pensaste bien---, Tú sabes que te quiero...

En realidad fue aún más fuerte el entrecruzar de verbos. Cristo te reclama el *diligere*; te pregunta por el amor potente; amor profundo, reflexivo; no del que se adhiere al otro, sino del otro: del que irrumpe y abate y cimbra como las olas que estremecían cuando el viento alzaba la barquichuela como si fuera nuez, y tú temblabas. Así entendieron los antiguos aquél, del Cristo, el *diligere*. No adherirte, ¡ser!, ser uno solo con el que te mira fijo, majestuoso. ¡Un ser que es darte! con ímpetu total, con entrega exigida de amor como el de Él: de igual a igual; de hombre que se endiosa para incrustarse en el Dios mismo. Te quiere a ti, y no tus flácidas humanidades.

Simon Joannis, diligis me plus his? Unimismarse, atrevidamente, con dilección tronante que es a su vez cuidadosa, honesta, y desafiante. Dilección es amor del tierno y puro: benevolencia, arrancada de las concupiscencias pasionales de gentes rudas.

Querías, querido Pedro mío, con el corazón, con él y solamente; con aquél que mostrabas al Cristo, un poco titubeante: intuías su raquitismo, sus poquedades. Ir al Cristo exige de tus uñas, tus fuerzas, de tu cetrina piel de pescador vibrante, de tus redes febriles arrojadas a nuevos lados. Te quiere a ti, a ti con ansias, y no el latir cambiante de un pobre corazón tacaño.

Te volcarás en el amor que Cristo exige, lo harás. Y entonces, Pedro, te dirán predilecto; aquél que se pone delante, al frente, de todos los dilectos. Y te reclamarán --"*Pasce oves meas*"-- deber y sacrificio: apacentar.

Diligere apunta, hijo de Jonás, a la inteligencia, a la voluntad, a la razón; a un lado, que sobra, el sentimiento. No es de bravuconadas ni de amores famélicos. Apacentar es de muy machos, de pastores, de lobos; es de corajes.

Pedro, tú lo pudiste, yo no lo puedo. Dame tus dudas, tus vacilaciones, el amargor de negaciones; tu erguirte luego entre bromas, ternuras, y la hirviente sopa de la segunda mesa, la maternal. Dame el clavarte hondo que aprendiste a fuerza de trastazos: el rudo sacudón del *diligere* de la mañana aquella, el que escuchabas al Maestro mientras tu barca, encallada en la orilla, rebosaba de peces que no necesitabas más. Arenas, amanecer, luces radiantes. Cristo te saciaba tus hambres, te las cambiaba; te reclamaba amores más firmes, más pétreos, más serenos. Tú sígueme, que ya te ceñirán cuando seas viejo. Atrás quedaban unos trozos de un pez sobre un brasero.

Jorge J Arrastía.